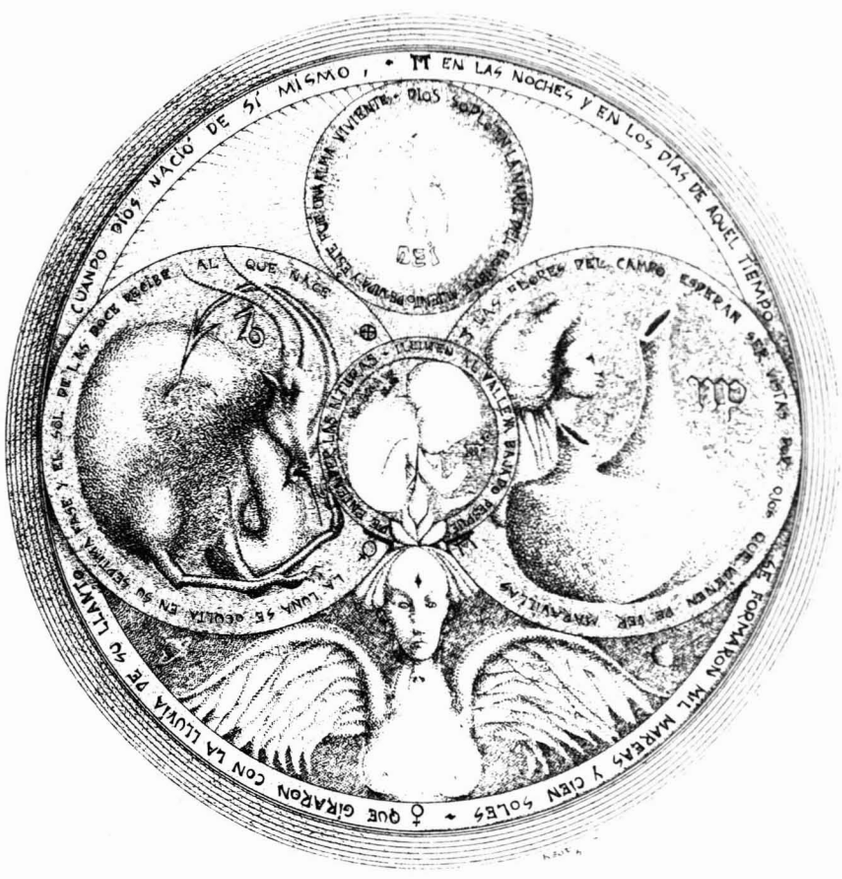
Bauchau: ¿cómo armar a un hombre? ¿qué es un arma?

por Adolfo Castañón

Henry Bauchau es un escritor belga radicado en Suiza desde 1951. Perteneció al círculo del escritor expresionista Franz Hellens y ha frecuentado la poesía, el ensayo, la novela y el teatro. *El regimiento negro*[1] es su última y hasta donde sabemos una de sus mejores obras. De este juicio responden la riqueza y complejidad de un texto cuyas circunstancias y motivos originarios son más que singulares y propicios. Por principio, Bauchau sólo se permitió venir a América una vez que la novela estuviese terminada. Poco le interesaba llevar a su obra un continente real u objetivo –aunque contra esa indiferencia primera haya logrado recrear uno de los episodios más ricos de la historia de los Estados Unidos. Pero había además otras razones. En una exposición de motivos, citada por José Bianco –autor de la admirable traducción que ha hecho posible esta lectura– en su texto sobre le escritor belga, aparece que Bauchau se sometió durante varios años a un tratamiento de análisis didácticos.[2] "En una de las sesiones del tratamiento, resume el traductor, la palabra 'desarmado' interrumpió el hilo de su discurso y lo hizo caer en la oscuridad ilimitada del inconsciente. ¿Qué sentido podía tener esa palabra? Directamente no podía concernirle. Bauchau es un escritor; no estaba desarmado, podía defenderse porque tenía una arma, su pluma. Podía defenderse, podía atacar por la escritura. Quien estaba desarmado en Bauchau era su padre, que desde muy joven quiso entrar en el ejército y no logró vencer la resistencia que le opuso su familia. Durante la guerra del catorce, cuando los alemanes ocuparon su país, sintió la tristeza y la vergüenza de no poder defenderlo con las armas. Bauchau decide dar a su padre a través de un libro otra posibilidad, una vida distinta."

La guerra contra la esclavitud de los negros es para Bauchau un proceso que va desde la lucha civil hasta el reconocimiento del hecho de que la peculiaridad racial no es un rasgo culturalmente exclusivo, es también la apasionada defensa de un modo de vida donde la naturaleza no es objeto de explotación industrial aunque esclavistas, los confederados del Sur defenderían un modo de vida más humano. *El regimiento negro* es la historia paralela de dos hombres con un solo destino, la historia de cómo un negro y un blanco se empeñan recíproca y respectivamente en dejar de serlo. No se hojean en estas páginas los episodios de una liberación programática. El desenraizamiento de la moral e instituciones blancas no flota en la penumbra de un sueño discursivo, arranca del instinto de sobrevivencia de los personajes. *El regimiento negro* novela capaz de salvar las más duras pruebas críticas es en principio un largo recuento de aventuras y batallas. Si el movimiento ocupa el primer lugar, todo en cambio ha sido como entrevisto y rescatado del sueño. Minuciosa y fiel la palabra de Bauchau impresiona al lector por las inagotables descripciones de los objetos y materias en que éstos están hechos. Aquí, como en el sueño, las cosas fluyen, los puntos de vista se intercambian y la violencia no está precisamente en lo que sucede.

La historia de un negro que deja de serlo, la de un blanco: Hombres algo más que adictos a los cañones (los personajes no se desentienden de los símbolos), Pierre y Johnson Pueblo arrancan de un primer estado que no podemos llamar inocente, maduran en la contienda y emprenden en seguida un desaprendizaje, un itinerario de progresivo despojamiento que al fin los hará desembocar en la simplicidad del Gran Verano donde todo es fiesta y los relojes ya no son necesarios porque la medida del tiempo es el cuerpo. Es una nueva educación sentimental donde los personajes aprenden a ser hombres para en seguida dejar de ser ciudadanos. Al final, el pueblo –en realidad una especie de gran familia, ámbito patriarcal a la vez abierto y hermético– relega el progreso, la iniciativa y el provecho en beneficio de un transcurrir que es "coloquio del alma con las cosas del mundo". Poeta en el primero de los sentidos, Bauchau ha desdeñado todo discurso no forjado en imágenes, no anclado en una situación concreta. Tal vez *El regimiento negro* sea una novela histórica, pero no tiene mucho qué ver con esas inagotables sucesiones de páginas donde los personajes hablan a nombre de una época o incluso

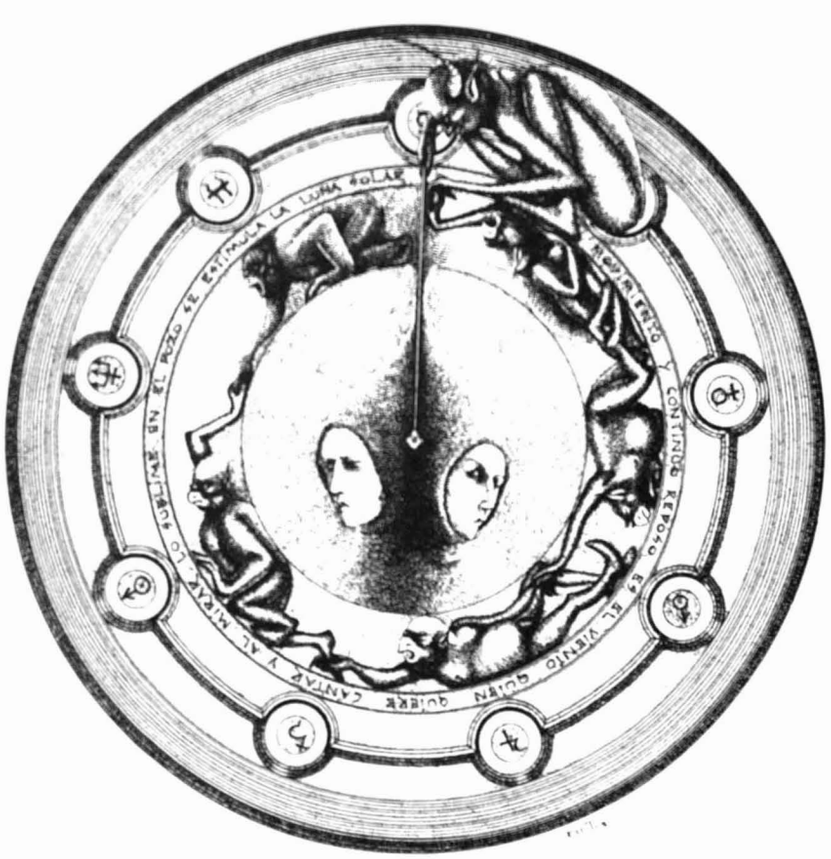


Dibujos de Daniel Kent

de una doctrina. La novela de ideas, el teatro social y demás inventos de Fray Gerundio son el reverso de una moneda que no es ésta. *El regimiento negro:* novela de personajes e imágenes, texto riquísimo nacido de una sola raíz: ¿cómo armar a un hombre? ¿qué es un arma? Bauchau explora las posibles vertientes y esboza la conclusión al dedicar unas breves y elocuentes páginas a la fiesta del Gran Verano, hito de la utopía levantada sobre lo compestre cotidiano.

La guerra de Secesión antes que un episodio heroico es una herida en los personajes principales: la esclavitud sufrida desde niño por Johnson Pueblo, y un seno materno maligno en el caso de Pierre.

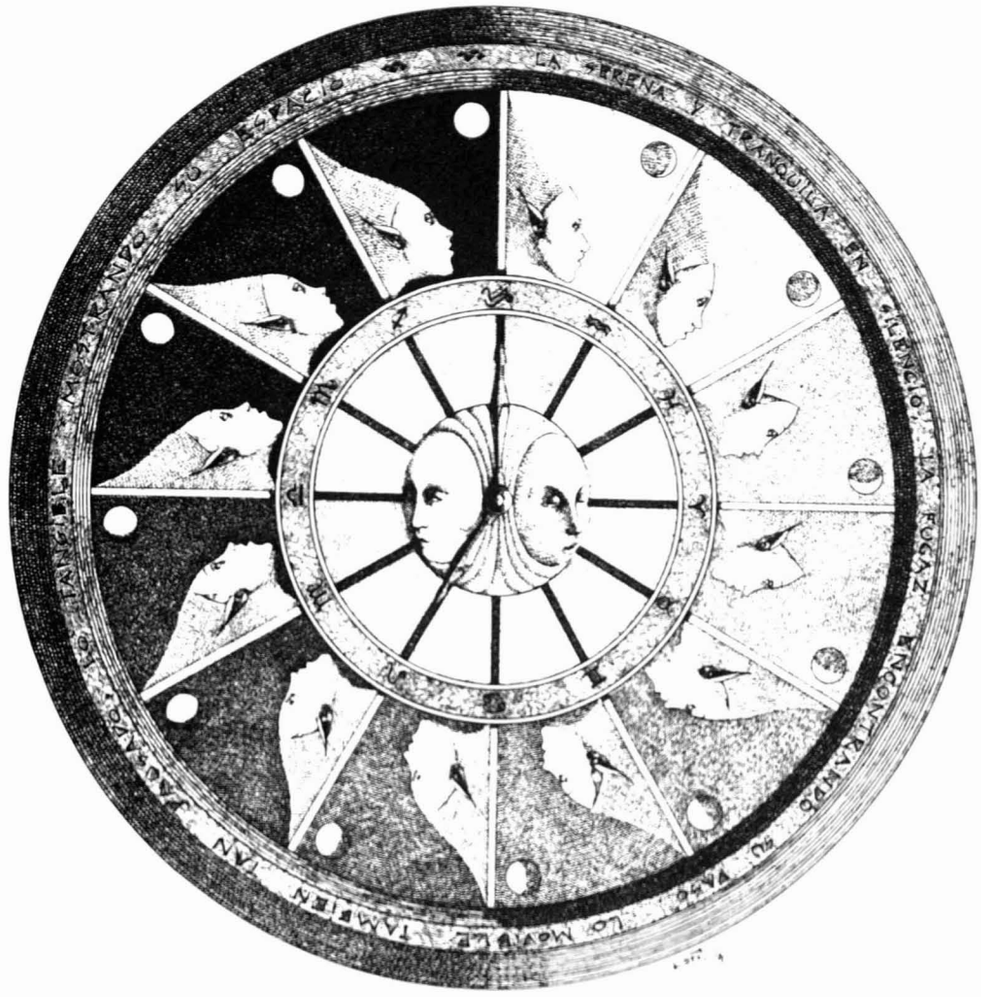
Pierre, que ha sido rechazado y engañado por sus padres desde la más temprana juventud y que ha encontrado en los generosos relatos de su abuelo una alternativa a las sinuosidades deméstica, elige la aventura militar. Pierre puede capitanear la primera columna de negros de la historia norteamericana porque él mismo ha sido uno dentro de su familia. Obligado a vestir siempre de gris, tiene la desgracia de ser rebelde pero respetuoso de los compromisos en que ha empeñado su palabra. Pierre se concentra en los recuerdos napoleónicos de su abuelo para saber cómo actuar en el campo de batalla (y a su semejanza, el narrador evoca lo nunca vivido en busca de una brújula. Se limita a sugerir: el escritor no es un inspirado sino quien inspira). Una vez en la batalla Pierre parece darse cuenta –por lo menos actúa en consecuencia– de que lo medular del legado del abuelo es otra cosa que las hazañas. Aunque a favor de los negros y contra la esclavitud, la Guerra en que está metido es de blancos, de los hombres que han aceptado en lo más íntimo las leyes y caprichos del dólar. Después de la guerra, los negros no contarán ni con armas ni con tierras, no importa que se hayan demostrado capaces de la disciplina y el cálculo.



Caballo Rojo –título con que ha bautizado a Pierre una india en alusión a su parecido con los indios y a su naturaleza alerta y colérica, a su rostro aquilino: "Caballo Rojo parece siempre estar de perfil", y Johnson Pueblo/Coronel Johnson/Maestro John, el esclavo que ayuda a Pierre a robar un cañón a los confederados al principio de la guerra, junto con Pierre jefe del primer regimiento de negros y el prófugo hermano de los leones que se convierte en el corazón de una utópica y feliz comunidad rural recorren el mismo camino: el inconveniente de nacer, la lucha por la justicia, la fascinación de la violencia y la crueldad, el descubrimiento de la fiebre donde vida y muerte dejan de oponerse, la aproximación a una simpatía que es también sabiduría y la gozosa, serena comprobación de que el tiempo y la verdad son la tierra y el cuerpo.

A lo largo se deja claro que la liberación, démosle un nombre, precisa de un prolongado rito iniciático cuyos preliminares y culminaciones abarcan la novela. Durante la iniciación la conciencia mítica, conciencia del cuerpo, conciencia por metáforas e imágenes donde no se distingue entre subjetivo y objetivo, será radicalizada. Como en el mundo de los mitos, en *El regimiento negro* todos los actos e imágenes son premonitorios y alusivos. Eficacia no sólo es una palabra conveniente para los afortunados manejos del narrador; la uso aquí para decir cómo unos episodios precipitan o previenen a los otros. Bauchau juega con imágenes elementales y por lo tanto verosímilmente poco arbitrarias, comprensibles para todos. Se describen los sueños de los personajes y se les hace reaparecer en el curso de un relato que reitera insensiblemente sus temas. La realidad del relato se cuaja paulatinamente de sueños, el lector se encuentra a cada paso imágenes que son predicción, profecía que son recuerdos, recuerdos hechos de recuerdos. Tal vez las asociaciones que fluyen libremente no son exactas, pero parecen lo bastante elementales para resultar verosímiles como primitivas. Se ha logrado hacer de la utilería psicoanalítica la materia dúctil y original de las absorbentes descripciones que saben llamar a todos nuestros sentidos.

Muy característicamente la prolongada iniciación de ambos personajes tiene su momento axial en el encuentro con Leeuw, el hombre-león domador de



leones que no deja de recordar al rey Dahfu y su fiera en el Henderson de Bellow. El personaje invita a Pierre/Caballo Rojo a una singular cacería. Acompañados por dos leones, Leeuw y Pierre se internan en la espesura. Los hombres no llevan armas de fuego, sólo cuchillos:

"Oye, muy lejos en el bosque, el galope de un animal desbocado. Bruscamente es la aparición fantástica del gran ciervo que busca una salida hacia el vado. Pierre sale de la sombra, no puede retener un grito y el ciervo tiene tiempo de retroceder oblicuamente, pero a lo largo del río un gruñido –Leeuw, sin duda– le significa que la vía de la fuga a nado se halla también prohibida.

El ciervo se hunde de nuevo en la oscuridad y cada uno de los cazadores sigue, con todo el cuerpo, su camino a través del bosque y su busca desesperada de una salida. Cuando reaparece en el claro, Caballo Rojo aguarda que esté a su alcance y se lanza. En el momento del contacto el ciervo lo evita y con su flanco lo voltea sobre la hierba sin que haya podido hacer otra cosa que arañarlo en el hombro. Este abrazo y el olor de la sangre sobre la hoja no hace sino exasperar su deseo. Los pases del ciervo son más frecuentes y más estrecho el espacio dentro del cual lo aprisionan. En la excitación creciente de las fieras se presiente que el olor del animal agotado se exalta y que el fin se acerca. Oye venir hacia él su galope desigual, sus jadeos desgarrados y su instinto de soldado de caballería le dice que es la ultima carga. Al verlo alzarse bruscamente delante de él, el animal, en un último esfuerzo hace frente doblegándose sobre el cuarto trasero. Cubierto de espuma ya no es rojo sino blanco. Es una alta torre con las cornamentas labradas, es el ángel de Saintpierre que hace sonar la trompeta del juicio. Caballo Rojo se lanza sobre el cuerpo deseado, hunde su cuchillo en la arteria de la que brota sangre. Hunde allí su rostro, intenta beber y morder en la herida pero el vestido de piel se lo impide. Hunde varias veces su cuchillo en la llaga. Tres cuerpos poderosos se abaten sobre el ciervo que rueda por el suelo arrastrando al hombre. Acostado al lado de su presa y cubierto a medias por ella, Caballo Rojo no afloja su abrazo. Ríe, gruñe, aúlla mientras trabaja la herida con el cuchillo. Muerde, escupe, arranca y hunde sus dientes más profundamente en la carne viva. Siente a uno y otro lado la embriaguez alegre de los leones. Gruñe. Gruñendo, tirando, batallando hacen resbalar el cuerpo hasta ese lugar de la sombra donde el acto debe cumplirse. Son dos, son tres, son cuatro grandes fieras que se regocijan de la presa que estuvo viva y llena de esa sangre de la cual asciende un olor violento.

Después de esta cacería todo será diferente para Pierre y el regimiento negro. Desde las profundida-

des del juez habla el culpable y el cazador es presa. Uno de los personajes, el asistente de Pierre, se encarga de explicitarlo: "no es un ciervo sino un Caballo rojo lo que los cuatro leones han acosado por la noche en la selva y devorado en el claro". Es posible decir que aquí se toca fondo. Simbólica y literalmente, devorarse promueve el advenimiento del Gran Verano, estación de los lemúridos y de la aceptación alerta. La cacería es la última etapa del itinerario-purga de todo lo sujeto a proporciones. En adelante, la renuncia a la cólera se llevará a cabo más como un proceso de paulatina disolución que como una decisión súbita. Poco a poco, cobran sentido las palabras de George Jackson que van en epígrafe al libro: "Mi fe en la vida se aferra al principio de que nosotros, los hombres de color, transformaremos muy pronto en un mundo de color esta mascarada caótica. Pero antes debemos destruir al malhechor, desarraigar sus ideales, su moral y sus instituciones."

La conformación de las distintas voces de la novela es adecuadamente compleja. El narrador relata, en tercera persona y la mayor parte del tiempo en presente del indicativo, las peripecias de un hombre y de su figura paralela. Hay una suerte de conjugación entre las identidades desdobladas del padre del narrador. El, congruente con la pendiente mítica de sus fabulaciones, adopta con periódica frecuencia el punto de vista de los objetos y personas que describe y, en el caso del paisaje, a través de su observador más inmediato. Aquí y allá se reconocen, asimilados, los recursos y expedientes narrativos más variados: las formas más tradicionales del relato con los monólogos-corriente de la conciencia, las amalgamas sutilmente yuxtapuestas de sueños e imágenes reales con los cortes retrospectivos o los acercamientos cuidadosamente elusivos de los personajes célebres. El narrador registra sin admitir digresiones. Y no porque carezca de ideas: *El regimiento negro* puede ser también estimulante como texto no literario. El problema racial y el de las universalidades culturales arraigadas en lo exclusivo es profusamente entrevisto y tocado. En el terreno pantanoso donde todos concluyen a partir de sus ignorancias e inseguridades, Bauchau se atreve a dejar las cuestiones en suspenso y renuncia a pensar como "un blanco que pensara como un negro que quisiera ser blanco." "Y una vez que América emerge lo insondable del novelista, éste puede aventurar: "Después de los anglosajones, cada uno tendrá su lugar en América del Norte, los alemanes, los escandinavos, los irlandeses, los latinos. Cada uno tendrá su parte en el dólar, cada uno empujará hombro contra hombro, en el gran círculo indefinidamente ampliado. Sólo los negros y los indios no tendrán su parte. Quizá ésa sea su suerte, quizá necesite atravesar años de años. Comprender que si el dólar no los acoge como a los otros, es que en el fondo de sus corazones –y quizá sin saberlo– lo han rechazado. Caballo Rojo se pregunta si el corazón de los negros y la muerte de los indios no son el tesoro escondido de América."

La muerte de los indios porque, según esta leyenda personal, los negros sufrirán en espera de estar preparados y hasta que maduren un dolor digno de la resurrección de los indios, y de su princesa Sheandoah.

Para concluir: la estructura de la novela es circular y sólo suscita una pregunta. ¿A qué calendario pertenecen las cinco estaciones en que se divide este ciclo? Lo ignoramos. Sólo sabemos que el primer momento es el de una crianza maligna; que el segundo es el del reconocimiento de un padre y un hermano; que la tercera es la atención de la cólera, el endurecimiento y la fiebre por la crueldad, aquí los hermanos se separan y el hombre-cañón se da cuenta de que si se forja se debe ser forjado. Durante la cuarta vuelta Caballo Rojo da curso a su voracidad y es devorado. Sólo así es posible la etapa final que reinicia el ciclo con la exigencia de un enigmático sacrifico que ya no tiene lugar.

Notas.

1 Henry Bauchau. *El regimiento negro.* Trad. José Bianco. Editorial Sudamericana, Buenos Aires. 1975, 370 pp.
2 José Bianco. "El tesoro escondido de América", *La vida literaria* enero-febrero de 1976.